

Cuba, México y el riesgo compartido

Por Bulmaro Pacheco



Formamos parte de una generación a la que le tocó vivir la influencia de la Revolución Cubana en América Latina a partir de 1959. Entre 1959 y 1985, aquellos fueron tiempos turbulentos en América: golpes de Estado, rebeliones campesinas, guerrilla urbana y rural, regreso al poder de antiguos íconos de la política sudamericana como Juan Domingo Perón, Víctor Raúl Haya de la Torre, Raúl Alfonsín y Julio María Sanguinetti; transiciones a la democracia de naciones que pasaron de gobiernos militares a gobiernos electos, y tensiones políticas mundiales por el realineamiento de naciones latinoamericanas en un mundo bipolar donde lo dominante siempre fue la tensión entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Nos tocó observar la caída de crueles dictadores como Anastasio Somoza en Nicaragua y Rafael

Leónidas Trujillo en la República Dominicana. También las viejas dictaduras de España, Portugal y Grecia a principios de los setenta. Los revolucionarios nicaragüenses, que tantas expectativas generaron en las izquierdas de América, no tardaron en defraudar las esperanzas que despertaron al devolver a su país a la dictadura familiar, ahora con la familia Ortega. También nos tocó el ascenso de Salvador Allende, en Chile, y el golpe de Estado perpetrado por Augusto Pinochet, en septiembre de 1973, que estableció un dominio —entre represiones y ausencia de libertades— de casi 18 años en la sufrida nación sudamericana. La Revolución Cubana generó expectativas entre las izquierdas y apoyos políticos considerables de gobiernos como el de México, que en todo momento se solidarizó con

el gobierno de la isla a través de apoyos y oficio diplomático siempre cuidado ante el contexto mundial y los organismos internacionales. Pocos lo previeron, pero la disolución de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín impactaron notablemente la fuerza de las izquierdas en el mundo. Cayeron las llamadas democracias populares del Este europeo y desaparecieron casi todos los partidos comunistas —a excepción de China, Cuba y Corea del Norte—, y a las izquierdas les llegó la reconversión a la socialdemocracia, empezando por los regímenes europeos y no pocos de América Latina que buscaban equilibrar las conquistas sociales con las transiciones a la democracia. Cayó también el régimen de apartheid (1948-1990) de Sudáfrica y vimos el ascenso de Nelson Mandela que después de 27 años en la cárcel llegó a la presidencia de su país entre 1994 y 1999.

Pero a pesar de los turbulentos cambios en el mundo, Cuba siguió igual: cero partidos políticos, demasiados presos políticos, falta de libertades, falta de democracia, un gran éxodo de la población hacia el estado de Florida y una fuerte dependencia del exterior para suministros básicos como energéticos y alimentos. Muchos cubanos exiliados en Estados Unidos formaron fuertes capitales y lograron posiciones políticas importantes en el Congreso estadounidense, lo que aceleró el descrédito del régimen de Castro y las presiones del gobierno americano, que nunca quitó el dedo del renglón demandando cambios políticos y económicos en la isla —ya sin los apoyos que lo sostenían desde 1991— en un mundo de mayor complejidad, con la aparición de China en el escenario global y una dirigencia más calculadora al frente del gobierno de Rusia.

